

## Un Dios del escándalo

*Dra. Cristina Bulacio,  
Universidad Nacional de Tucumán*

Gran lector de filósofos y teólogos, Borges ha sembrado su obra con fuertes ironías sobre lo divino. No sólo ironizó sobre los principios aceptados por la teología oficial de la Iglesia Católica, sino que –además– los puso en entredicho. El perfil del Dios borgeano acentúa lo incomprensible y esquivo –a veces desorientador y profundamente arbitrario– de lo divino, pero también misericordioso y capaz de milagros singulares; en suma: es un Dios del misterio. Basta pensar que Hladík –en “El milagro secreto”– implora un acto excepcional –la suspensión del tiempo– a un Dios de “de cuyas preferencias literarias poco sabía” (1993a: 512); Aureliano, a su vez, –en “Los teólogos”– defiende una divinidad que lo confunde a él, ortodoxo y defensor extremo de la fe, con el hereje Juan de Panonia. En “Una oración” confiesa que no entiende a Dios, una divinidad impotente para cambiar el proceso del tiempo que es “una trama de efectos y de causas” (1993b: 392). En “La otra muerte”, Pedro Damián –un tapecito entrerriano analfabeto– recibe en la soledad de su lecho de muerte, la misteriosa gracia de cambiar su pasado de cobardía y humillación para volver a morir como un valiente. Dice nuestro autor en este cuento: “He adivinado y registrado un proceso no accesible a los hombres, una suerte de escándalo de la razón” (1993a: 575).

Esta sugestiva frase alerta sobre una mirada diferente hacia lo metafísico y teológico. Recordemos que Borges se caracteriza a sí mismo como “un argentino extraviado en la metafísica” (1993b: 135) quizás porque sabe que camina a tientas en

los territorios lindantes con el misterio. Siguiendo estos mismos senderos intentaremos captar las profundas convicciones metafísicas y teológicas de nuestro autor. A mi criterio, ellas son el resultado de lecturas filosóficas menos conocidas que las ya clásicas de Berkeley y Hume, y que operan por debajo de la tersa superficie de sus cuentos provocando –sin duda– escándalos a la sensata razón.

El primer indicio que nos impacta es el de un proceso “no accesible” a la condición finita del hombre. En este planteo se solapan dos asuntos importantes que debemos rescatar: el primero es la presencia de una finitud humana contundente y sin esperanzas de sortearla ni siquiera con la eternidad –de la cual, por cierto, se burla expresamente en algunos de sus ensayos–. El segundo asunto sugiere que la religión cristiana y la tradición de la Iglesia Católica en particular –en la que fue educado por su madre– adora a un Dios enteramente racional –con alguna excepción–, sin demasiados velos de misterio y, por tanto, comprensible para nuestro entendimiento. Lo paradójico de ello es que bajo esta perspectiva lo divino queda al alcance de nuestra pequeñez de criatura en tanto fuimos hechos a su imagen y semejanza. Por insignificantes que fuese la condición humana, tiene –sin embargo– algo de aquel Dios trascendente.

Me detendré en un cuento para mostrarles que efectivamente la filosofía no es puro cuento; o –en todo caso– es un cuento mayor y bastante respetable dados sus alcances en nuestra cultura. En “La otra muerte” el personaje es Pedro Damián, un tapecito entrerriano –de Gualeguay– que participa en la batalla de Masoller en tierra uruguaya bajo el mando de Aparicio Saravia hacia 1904. Repatriado en 1905 vuelve al campo a cuidar la hacienda chúcaro. Taciturno, solitario y de pocas luces, vive recordando aquella feroz batalla; muere en 1946 de congestión pulmonar. En esa guerra gaucha, Pedro Damián –que se había dado corte en las pulperías, según la versión del Coronel Tabares– se muestra como un cobarde. La guerra –cuenta el narrador– “servía,

como la mujer, para que se probaran los hombres” (1993a: 572). Un tiempo después circula otra versión: Pedro Damián había muerto en aquella batalla de 1904 con una bala que lo acierta en pleno pecho: “Tan valiente y no había cumplido veinte años” (1993a: 573).

El cuento –desde luego– tiene varias instancias y distintos niveles de lectura. Se inicia con la carta de un amigo –Gannon– en la que éste le comunica a Borges la traducción del poema “The past”, de Ralph Waldo Emerson; asunto que –a primera vista– no parece tener ninguna importancia en la trama. Luego se dan sucesivas entrevistas con el Coronel Tabares cuya memoria fluctúa; una vez recuerda a Pedro Damián como un cobarde, otra como un joven valiente que entregó su vida en la batalla de Masoller probando así su coraje. Ante estas dudas Borges nos acerca esta conjetura: Pedro Damián vivió entre 1904 y 1946 rumiando su cobardía e implorando a Dios que le permitiera revivir la batalla de Masoller para actuar como un valiente. Y Dios se lo concede bajo la forma de un sueño. En suma: Pedro Damián muere en 1946 y en la derrota de Masoller que tuvo lugar en 1904. ¿Muere dos veces o los tiempos se confunden? Este aparente contrasentido tiene dos posibilidades de ser explicado: o existen dos Damianes –uno cobarde que muere en 1946 y otro valiente que muere en 1904–; o –por el contrario– hay un solo Pedro Damián que muere dos veces en dos series temporales distintas. En cualquier caso es un escándalo porque burla todos los órdenes conocidos, tanto los temporales como los conceptuales.

Varias incongruencias en los acontecimientos del relato anuncian la presencia del misterio, el lado oscuro que inevitablemente comporta la luminosidad de la razón. La situación es escandalosa porque nadie puede morir dos veces. Recordemos que la palabra “escándalo” –*skandalon* en su origen griego– dice *obstáculo* en la comprensión racional, incluso en la intelección de las Sagradas Escrituras; y este –precisamente– es

otro indicio de las lecturas de Borges. El *obstáculo* aparece como los *límites* del alcance de la razón; hay un impedimento cuando algo obstaculiza la marcha triunfal de las argumentaciones racionales y su causalidad real no está encadenada a las otras series de causas y efectos; es allí –entonces– cuando aparece un punto ciego donde la razón no puede horadar y el espíritu queda expectante ante la posibilidad de estar en presencia de otro orden de cosas que no puede aceptarse con naturalidad. Ese punto está en las dos muertes de Pedro Damián, el tapecito entrerriano. La aparente simplicidad del argumento esconde dificultades con las que disfruta el espíritu lúdico y erudito de Borges; es decir: palpita aquí un importante tema teológico que se discute en el Medioevo y que ya había sido pensado por Aristóteles sin la carga teológica que arrastra el cuento de Borges.

La cuestión que nos ocupa dice por tanto: ¿Puede Dios cambiar el pasado y hacer que no haya sido lo que ya fue? ¿Dios puede intervenir en la libertad del hombre?

Aquí entran –sin duda– lecturas filosóficas y teológicas de Borges de gran importancia para su obra literaria. Veamos. Dos corrientes teológicas se disputan la respuesta a la cuestión planteada líneas arriba: una llamada de los *dialécticos*, que enfatiza la inteligibilidad de lo divino y el trabajo de la razón sobre los asuntos sagrados; y la otra, la de los *antidialécticos*, que hace pie en la fe pura y simple. La primera –de fuerte impronta aristotélica y racionalista– se inicia con San Anselmo quien había sostenido el *credo ut intelligam* –creo para comprender–. En ella se considera que Dios –por ser pura razón y coherencia– no puede cambiar el pasado; lo que ya fue –aún siendo contingente en sí mismo– se transforma en necesario al advenir a la existencia. Cambiar el pasado sería cambiar sus consecuencias en actos que llegan hasta nosotros y, por tanto, producir un caos que pondría en cuestión la inteligencia divina y la armonía del universo; resultado, a su vez, de esa inteligencia.

Esta línea se profundiza en la Edad Moderna con el triunfo de la razón y el llamado *Dios de los filósofos*; un Dios desembozadamente racional, sin velos de misterios, condescendiente con la criatura y a propósito del cual se formulan las conocidas pruebas que –también con argumentos racionales– intentan legitimar su realidad fuera de la mente. Valgan como ejemplos los planteos filosóficos y teológicos de Santo Tomás de Aquino, gran defensor de la racionalidad divina; Descartes y Leibniz en particular. Si bien Descartes considera que no se puede reducir la grandeza de Dios a la transparencia de las verdades racionales, acepta y formula la prueba de su existencia trascendente. Leibniz –por su parte– cree que con la sola excepción de la realidad de Judas, todo lo demás es comprensible aunque siempre limitado a la dimensión finita de nuestra inteligencia; su prueba de existencia de Dios –en consecuencia– es puramente inteligible y de carácter lógico. En este caso la analogía entre el hombre y Dios tiene su raíz en la racionalidad de ambos.

La otra línea teológica está inspirada en Tertuliano y se sintetiza en el *credo quia absurdum* –creo porque es absurdo–. Es esta línea teológica –precisamente– la que liderará siglos más tarde Pier Damiani –teólogo y Padre de la Iglesia del siglo IX–, quien sostiene en el tratado *De divina omnipotentia* que el poder de Dios es absoluto; sus acciones –que son incomprensibles y arbitrarias– sirven para acrecentar la fe del creyente y el misterio que rodea lo divino. Pier Damiani busca así restituir a la teología el prestigio de un saber fundado en las Sagradas Escrituras y no en la ciencia mundana. Este Dios omnipotente es más digno de la fe de los hombres en tanto sus acciones son incomprensibles, como es incomprensible la encarnación divina en una naturaleza humana o la locura de intentar comprender la resurrección de Cristo luego de su pasión y muerte. La verdadera empresa humana –piensa esta corriente– es la salvación, por eso todo empeño en el saber mundano es cosa de Satanás. Ante un Dios de estas

características, cambiar el pasado para bien de una de sus criaturas es no sólo potestad divina sino un misterioso gesto de amor por los hombres que debemos aceptar con humildad y alegría.

El inevitable *escándalo* en “La otra muerte” se debe a que Dios escuchó los ruegos de Pedro Damián y aceptó cambiar los acontecimientos –y la memoria de los testigos– para que su segunda muerte – 42 años antes que la otra– fuera la de un valiente en la carga de caballería. Se obró un milagro y todo milagro es una suspensión de las leyes naturales; de allí –pues– su carácter escandaloso. Las Sagradas Escrituras están sembradas de ellos. Orígenes –teólogo del siglo III– es quien hace constar en sus escritos que los *escándalos* en las Sagradas Escrituras significan una advertencia divina para detenernos y meditar sobre la complejidad del mensaje de la divinidad. En el caso que vimos, la trascendencia de Dios respecto a la criatura es absoluta; el hombre no sabe nada de ella ni podrá comprenderla nunca, por eso –justamente– debe creer.

Ahora bien: a estos asuntos teológicos se le suma la propuesta de traducción del poema “The past” de Ralph Waldo Emerson a cargo de Gannon; el simbólico poema – que no figura en el texto borgeano– dice: “Pagada está la deuda, / pronunciado el veredicto, / Descansan las Furias / Echadas están las suertes / [...] Todo ahora está seguro e inviolable / ni los dioses pueden alterar el pasado”. Como puede advertirse, también aquí el texto elegido tiene que ver con la imposibilidad de cambiar el pasado, doctrina aceptada en la línea teológica oficial de la Iglesia Católica.

En cuestiones auténticamente metafísicas y teológicas –no así en temas epistemológicos–, le es difícil a la razón transitar cómodamente por asuntos que generan –por su propia naturaleza– perplejidad; asuntos contradictorios que no tienen anverso ni reverso nítido como si de una Banda de Moebius se tratara. Estos temas abordados en la obra de Borges confirman un misterio y un *escándalo*: la inserción de lo divino en lo

humano; de lo eterno en lo temporal; de lo no racional en la espesa trama de las argumentaciones racionales.

Pero hay más. Detrás de todas estas disquisiciones se reconocen los tres atributos divinos consagrados por la ortodoxia cristiana: *omnisciencia*, *omnipotencia* y *bondad*; la *justicia* –por cierto– será el resultado del juego entre ellos. El conflicto se produce por la relación entre la *omnipotencia* y la *omnisciencia* y el de éstos, a su vez, con la libertad del hombre o cualquier acción que interviniera en su vida. Esto es bastante simple aunque las palabras sean complejas. ¿Cómo armonizar entre lo que Dios sabe por anticipado –con un saber absoluto del pasado y del porvenir– y lo que puede hacer con su voluntad omnímoda en relación con la libertad del hombre y el curso de la historia? Hay una pregunta que Leibniz se formuló a sí mismo y que atraviesa la historia de Occidente: ¿Por qué Dios –que todo lo sabe y todo lo puede– permitió la existencia de Judas, el traidor de Cristo? ¿Judas pudo elegir?

Una reflexión final: es notable que Borges –un agnóstico confeso– dedicara tanto esfuerzo a dilucidar asuntos de carácter metafísico y teológico. Podría decirse que los usó literariamente para enriquecer su obra; o que los trajo a colación con espíritu lúdico para marcar las flagrantes contradicciones de la simple razón. Sin embargo, apuesto a que Borges tomó estos senderos para mitigar una búsqueda íntima de su corazón. Se trataría –antes bien– de la irremediable cuota de esperanza en el Dios del misterio; Dios al cual su madre le enseñó a orar.

## **Bibliografía**

BORGES, Jorge Luis, *Obras completas I (1923-1949)*, Emecé, San Pablo, 1993a.

BORGES, Jorge Luis, *Obras completas II (1952-1972)*, Emecé, San Pablo, 1993b.

BULACIO, Cristina y GRIMA, Donato, *Dos miradas sobre Borges*, Gaglianone, Buenos Aires, 1998.

BULACIO, Cristina, *Los escándalos de la razón en Jorge Luis Borges*, Victoria Ocampo, Buenos Aires, 2003.

BULACIO, CRISTINA [comp.], *De laberintos y otros Borges*, Victoria Ocampo, Buenos Aires, 2004.